

mañana?... ¿Por qué hoy nó? ¿por qué esta hora no es el fin de mi vergüenza?...

Al decir todo esto, sollozaba amargamente con toda la contrición que mi corazón sentía. De repente oigo una voz como de niño, que repetía estas palabras: «*Toma y lee, toma y lee.*» Cambié inmediatamente de aspecto, y quise recordar si en algunos de sus juegos decían los niños estas palabras; pero mi memoria no tenía presente habérselas oído nunca. Cesé de llorar y me levanté, pareciéndome que en este suceso me daba el cielo la orden de abrir un libro y leer en él el primer capítulo que encontrase.

Recordaba haber oído decir que de la misma manera había sido advertido Antonio, al leer por casualidad el siguiente pasaje del Evangelio: «*Vete y vende cuanto posees, y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo.*» Este oráculo, Dios mio, bastó para dirigirme en un momento á ti.

Volvi precipitadamente al sitio en que había estado sentado con Alipio, y tomando el libro del apóstol le abrí, y leí en silencio el primer capítulo en que se fijaron mis ojos. *No vivais en los festines, en la embriaguez, en los placeres y en la licencia, en el odio y en las riñas; acordaos de Jesucristo y no atendais á las sensualidades del cuerpo.* No quise leer más, y nada más necesitaba en realidad, pues inmediatamente que terminé estas palabras desaparecieron las tinieblas de la duda, como si una luz vivísima se hubiera esparcido sobre mi corazón. Señalé el pasaje con el dedo, ó hice en él una señal, y cerrando el libro se lo presenté á Alipio (1).

Después de este cambio religioso, tan admirablemente descrito por el mismo San Agustín, decidió al fin abandonar el mundo. Esperó para ello las vacaciones de la escuela, y después de haber advertido á los principales ciudadanos que le

(1) Sanct. August. Oper., t. I, p. 152.

nombrasen un sucesor, se retiró á Casiciaco, á una casa de recreo de un amigo suyo llamado Vericundo, rico ciudadano de Milán, en compañía de su madre, de su hermano, de su hijo Adeodato, de Alipio, de Licencio, hijo de Romaniano, y de otras cuatro personas parientes ó discípulos suyos. Allí, imitando á los filósofos griegos, y especialmente al insigne orador Ciceron, constituyó una pequeña comunidad consagrada al estudio de la filosofía y de la religion, á la controversia científica y literaria, á la meditacion, al paseo y á los tranquilos goces de la vida del campo. Las conversaciones se suscitaban muchas veces en el baño, otras en una pradera inmediata á la casa donde solian ir á disfrutar de un hermoso sol de invierno, y con frecuencia se interrumpian para leer á Virgilio ó escuchar los versos del jóven Licencio, lecturas á las cuales solia concurrir la piadosa madre de Agustín, distinguiéndose por una rara sagacidad para los estudios filosóficos, hablando con frecuencia con mucha elevacion y sutileza, de Dios, del alma y de la verdad, aunque subordinando siempre cuanto decia á la fé cristiana y á la regla de las costumbres.

En este retiro es donde San Agustín escribió sus primeros trabajos, los *Libros contra los académicos y sus Diálogos sobre la vida feliz y el órden*. Dedicó la primera de sus obras á Romaniano, consolándole en ella de las desgracias que había experimentado y alabándole por su entereza y resignacion. De la misma época son los *Soliloquios*, en los cuales se supone una especie de diálogo entre él y su razon. «En esta época, dice el santo, escribí dos libros según mi deseo y mi corazón, para sondear la verdad de las cosas que más anhelaba saber, preguntándome y respondiéndome á mí mismo, como si fuésemos dos mi razon y yo, aunque en realidad éramos uno solo.»

En la semana de Pascua del año 387 y á la edad de 33 años Agustin recibió por fin el bautismo de manos de San Ambrosio, en union de su hijo Adeodato y de su amigo Alipio, y poco despues abandonó á Milán, habiendo tenido la desgracia de perder á su madre en el puerto de Ostia, donde debian embarcarse. Con este motivo y afectado extraordinariamente por el dolor que tal pérdida le causara, se detuvo todavía cerca de un año en Roma, ocupado en meditaciones, y estudiando algunas grandes instituciones monásticas, que mas tarde contribuyó á propagar en su pátria. Entonces escribió los libros de las *Costumbres de la Iglesia contra los Maniqueos*, de la *Grandeza del alma*, y comenzó tambien su penosísimo tratado sobre el *Libre albedrío*.

En el año 388, San Agustin se encaminó á Africa en el momento en que la victoria de Teodosio sobre Máximo pacificaba el imperio y aseguraba por do quiera el poderío cristiano. Volvió despues á Tagaste, y repartiendo á los pobres la mejor parte de sus bienes, se reunió con algunos de sus amigos y se consagró al ayuno y á la oracion.

Al mismo tiempo que se dedicaba á esta vida austera, sus escritos en favor de la religion y sus virtudes se difundian por todas partes, atrayendo sobre él la veneracion pública. Un día que se hallaba en Hipona, Valerio, obispo de la ciudad, encareció al pueblo la necesidad de que fué debate ordenado un sacerdote; todas las miradas se fijaron entonces en Agustin, y á pesar de su resistencia fué ordenado, confiándole el venerable Prelado casi desde aquel instante el ministerio de la predicacion, la enseñanza del pueblo, la controversia con los disidentes y la penosa direccion de las almas. El ascendiente que sobre todas llegó á ejercer, la parte activa que tomó en el

gobierno civil de los pueblos, la correspondencia, las consultas, los viajes, la vida de apóstol y de juez, de gefe de la Iglesia y de defensor de la ciudad, constituyen sobrados títulos de admiracion en este periodo de la vida de San Agustin.

Predicaba todos los dias una ó dos veces, hallándose muchas tan débil, que apenas podia hablar. Cuando recorria los pueblos, en todos le rogaban que dirigiese al pueblo la divina palabra, aplaudiéndole segun costumbre en aquella época.—No quiero aplausos, decia, sino lágrimas.—Poblaciones enteras, víctimas del hambre y la miseria, solian con frecuencia esperarle en los caminos públicos, obligándole á interceder en su favor cerca de sus tiranos y opresores.

La reforma de las costumbres fué uno de los objetos principales de la predicacion de San Agustin, ofreciéndosele ocasiones frecuentes en que demostrar su celo, porque si bien el cristianismo habia triunfado, aun se veia cercado de imágenes y recuerdos de la vida pagana. En Cartago y en otras ciudades de Africa, era celebrada la memoria de los mártires con festines y orgías vergonzosas, como lo demuestra una carta que el santo escribió al obispo Aurelio, rogándole encarecidamente prohibiese semejante profanacion en su Iglesia, é imitase la conducta que él habia seguido en Hipona, sosteniendo durante dos años una lucha terrible con el pueblo para hacerle olvidar su fiesta acostumbrada.

Esta última ciudad se hallaba dividida en dos partidos religiosos, hasta el punto que los Donatistas tenian un obispo, que en su comunión, lo mismo que Valerio y Agustin en la suya, no era únicamente pontífice, sino árbitro y juez de una multitud de intereses civiles. Llamábase este obispo Proculeyano, y San Agustin le propuso una discusion pública delante de

jueces elegidos, del pueblo reunido ó en una conferencia sin testigos, ó por medio de cartas que despues se leyeran á los fieles, acerca de las cuestiones mas importantes que entonces se debatian en materias de religion; reto no aceptado, y que contribuyó á aumentar la fama del ilustre doctor, á quien no arredraba una lucha en campo abierto y ante un inmenso auditorio; tanto mas, cuanto que esto es lo que sucedia todos los dias en Hipona y otras ciudades de Africa. En un siglo en que todos se hallaban apasionados por la teologia, la ciudad solia convertirse en un anfiteatro escolástico, en el que con mucha frecuencia se presentaba algun doctor maniqueo para entrar en liza con el célebre obispo: era este un gran espectáculo al cual asistia el pueblo con curiosidad, recogiendo las objeciones y las contestaciones por empleados públicos. Entre los principales triunfos que consiguió San Agustin en estas controversias, debemos enumerar el obtenido sobre uno de los principales gefes de los Maniqueos, llamado Firme. Habiéndole visto penetrar en su Iglesia uno de los dias en que instruía á su pueblo en los deberes de la moral cristiana, abandonó de repente el tema de su discurso y comenzo á combatir los fundamentos del maniqueismo, probando que era una doctrina que anonadaba la divinidad al admitir la existencia de los dos principios. Tanta impresion produjeron en el ánimo del doctor maniqueo las palabras del ilustre orador, que en cuanto concluyó el sermón se apresuró á echarse á sus piés, reconociendo y abjurando su error; retractacion que no desmintió despues, mereciendo ser elevado á la dignidad del sacerdocio.

Para juzgar del mérito indisputable de la elocuencia de San Agustin, punto principal de nuestros estudios, deberemos citar las palabras de uno de los sectarios del maniqueismo,

que si bien le acusaba por haber abandonado sus antiguas creencias, no podia menos de enaltecer su génio indisputable. Este testimonio es decisivo, porque en él se reconocen por un adversario sus grandes cualidades, á pesar de la preocupacion con que se mira la doctrina, hasta el punto de imputarle que alteraba sus fundamentos. «Tú te declaras contra la verdad, le decia, como Hortensio contra la filosofia. Leyendo y releendo tus escritos, he encontrado siempre al gran orador, al *semi-dios* de la elocuencia, pero en ninguna parte he hallado al cristiano. Te he visto armado contra todo y sin afirmar nada. Por último, no puedo ocultar tu santidad, lo cual me revela que nunca has sido Maniqueo, que no has podido conocer los dogmas secretos de este *misterio*, y que has seguido el nombre de Maniqueo como pudieras el de Anibal ó el de Mitridates. Confieso, sin embargo, que los mármoles que se ostentan en el palacio de la familia Anicia, brillan menos que el arte y la elegancia de tus obras. Si quieres seguir la verdad, ¡qué gloria serias para nosotros!»

La secta de los *Donatistas* dió motivo á muchos escritos y predicaciones de San Agustin, proponiéndose principalmente en todos estos trabajos apostólicos calmar las pasiones agitadas con motivo de esta doctrina. La primera disidencia de los Donatistas no versó sobre ningun dogma de fé, sino que fué una pretension de orgullo y de severidad, mas bien que una divergencia de creencias. Comenzó por una protesta contra algunos obispos que en los tiempos de la persecucion habian abandonado el depósito de las sagradas escrituras, y no habian sido por esta debilidad, irrevocablemente condenados por la sabiduria ó indulgencia de Roma. Dos hombres célebres, obispo el uno de Calamo, y el otro de Cartago, estendieron sucesivamente

este cisma, que llegó despues á convertirse en una verdadera guerra civil. Pretendia esta secta que por solo la firmeza de su doctrina, habia conservado el sagrado depósito de la verdad y que constituia por consiguiente la legitima Iglesia universal: apoyada en esta presuncion, nombraba un obispo en Roma como representante de su absoluto derecho, al mismo tiempo que por una extrema y violenta consecuencia de sus principios, bautizaba de nuevo á todos los cristianos que aceptaban sus doctrinas. Los Donatistas, subdivididos tambien en diversas sectas, é invocando á veces los rigores del imperio contra los que se separaban de la secta principal, tenian en su seno, como todos los partidos, hombres ilustrados y otros violentos: entre los primeros se contaban muchos individuos del clero y ricos ciudadanos que sostenian discusiones, escribian libros y trataban sobre todo de demostrar que su disidencia no constituia una verdadera heregia; pero al lado de ellos habia otros impulsados por un espíritu fanático, los cuales se encontraban dispuestos á servir de instrumento á las venganzas de un pueblo, á quien los recuerdos de las persecuciones y la animosidad nacional le habian aficionado en extremo á las contiendas religiosas. Llamábanse estos *circunceliones*, como para espresar enérgicamente con esta palabra una guerra de bárbaros, vagabundos alrededor de las casas que incendiaban. La mayor parte de estos hombres eran labradores ó pastores de las aldeas de Mauritania y de Numidia, y abrigaban un odio feroz contra sus enemigos estimulados por los discursos de algunos de sus sacerdotes; así es que muchas veces abandonando en bandadas sus moradas, talaban los campos, devastaban las propiedades de la secta dominante y algunas veces asesinaban á los sacer-

dores católicos que caian en sus manos, llegando su ceguedad hasta el punto de creer que sus asesinatos eran holocaustos agradables á Dios. Nada servia contra ellos, ni el rigor de las leyes, ni aun la crueldad de los soldados romanos; los hombres, y aun las mujeres, se daban la muerte ó se precipitaban á ella como si se adelantasen al martirio.

San Agustín empleó la mayor parte de su vida en combatir la doctrina de los Donatistas, y algunas veces invocó contra ellos los edictos de los magistrados; sin embargo, digna es de notarse la circunstancia de haber solicitado que no se les impusiese la pena de muerte, en una carta dirigida á Marcelino, tribuno de la provincia, documento muy importante por iniciarse en él la idea de la sustitucion de tan terrible pena por otra en que los culpables puedan ser empleados en algun trabajo útil, dejándoles la posibilidad del arrepentimiento.

Tambien sostuvo controversias acaloradas con los últimos restos del paganismo. En la reaccion religiosa que en los últimos tiempos del imperio se habia verificado, procurando algunos hombres ilustrados y eminentes volver á la pureza de las antiguas virtudes romanas, no faltaron muchos que quisieron dar un sentido filosófico á las fábulas del paganismo. El gramático Máximo de Madaura escribió con tal objeto una carta al santo doctor, manifestándole su creencia en Dios, á quien decia que invocaba bajo nombres diversos; porque ignoraba cuál pudiera mejor convenirle, consultándole sin embargo para que disipase sus dudas y le hiciese conocer en realidad quién era aquel Dios que los cristianos querian solo para sí y que veian en sus misteriosos santuarios. Si notable es la carta del retórico, en la cual se nota sin embargo la presuncion del hombre ilustrado, la respuesta dada por San Agustín revela la superioridad

de su talento, y mas aun la de la doctrina que sostenia, aunque hay en ella rasgos de ironía, oponiendo el desprecio á algunas de las falsas argumentaciones de que se valia el referido gramático. Son igualmente dignas de mencionarse las cartas que se cruzaron entre Longiniano, sacerdote pagano, y el célebre doctor cuya vida nos ocupa. Pertenece aquel á la escuela politeísta, que en tiempo de Juliano habia querido reanimar el sacerdocio pagano por una mezcla de tradiciones antiguas y de ascetismo contemplativo, hallándose en él un fondo de sinceridad y de pureza de costumbres, que no pudieron menos de ser apreciadas por el mismo San Agustin. «Citais, le decia, las palabras de un antepasado, que manifestaba deseos de ser hombre de bien para que el resto de la ciencia le fuese fácil. Recuerdo que esta máxima pasa por ser de Sócrates; pero en realidad fué revelada por la que impone brevemente al hombre la obligacion de ser bueno y la manera de serlo: *Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu pensamiento, y á tu prójimo como á tí mismo.* Para quien está penetrado de este principio, no se trata ya de encontrar fácil el resto de la ciencia, toda la ciencia útil y necesaria está adquirida. Como creo haber visto en la sinceridad de tus discusiones conmigo, que tú quieres ante todo ser hombre de bien, y por consiguierte amar á Dios con preferencia á todo, y de quien el alma humana recibe la bondad, quiero preguntarte cómo juzgas que se le debe adorar, puesto que sobre el deber de adorarle conozco ya tus sentimientos.»

En medio de todo esto el pueblo pagano no entendia nada del culto estático ó racional á que se elevaban algunas personas escogidas: perseguido despues de haber sido mucho tiempo opresor, se entregaba á desusadas violencias cuando se le

presentaba ocasion de vengar los que él consideraba como ultrajes. Así es que en un pueblo de la Numidia, para vengar el hecho de haber derribado una estatua de Hércules, asesinaron á sesenta cristianos; en Calamo, ciudad inmediata á Hipona, de la cual era obispo Posidio, amigo y biógrafo de San Agustin, un edicto del emperador Honorio, que prohibia la licencia de las fiestas paganas, escitó un gran tumulto, y atribuyendo á los cristianos los desastres de la ciudad, asaltaron la Iglesia, persiguieron al obispo é hicieron numerosas víctimas. San Agustin marchó inmediatamente á Calamo, y allí, habiendo oido á unos y otros, logró calmar la irritacion de los ánimos y que cesasen las violencias, intercediendo en seguida, á ruegos de Nectario, rico habitante de la ciudad, para que el rigor imperial no se hiciera sentir como pudiera en castigo de tales excesos.

El obispo de Hipona, Valerio, abrumado por el peso de los años y de sus achaques, y conociendo que nadie mejor que San Agustin podia sucederle, le hizo nombrar su coadjutor, á pesar de la gran resistencia que oponia el santo. Entonces se manifestaron el genio y las virtudes del ilustre doctor en su mayor esplendor. Todo puede decirse que lo abarcó este genio poderoso de la Iglesia latina: refutacion de heregías, interpretacion de las Sagradas Escrituras, institucion de leyes canónicas, reforma de los institutos monásticos, cartas con los emperadores, correspondencias seguidas en Roma con soberanos Pontífices, en Nota con Paulino, en Palestina con San Gerónimo, en Milán con San Ambrosio y Simpliciano, en España con Orosio, en las Galias con San Próspero, Lázaro de Arlés, Hilario de Narbona, en Constantinopla con Máximo Longiniano, Dioscoro y otros muchos hombres ilustres, que al di-